LA SONRISA DE INÉS EN MI RECUERDO

*José María Espinasa**

RESUMEN: Un testimonio entrañable sobre la escritora Inés Arredondo, sus amigos, su momento y la forma en que vivió su obra.

ABSTRACT: An intimate testimony on the writer, Inés Arredondo, her friends, her time and the way in which she lived through her work.

PALABRAS CLAVE: Inés Arredondo, López Velarde, recuerdo, sonrisa.

KEYWORDS: Inés Arredondo, López Velarde, memories, smile.

RECEPCIÓN: 23 de enero de 2009.

ACEPTACIÓN: 2 de febrero de 2009.

* Escritor.

LA SONRISA DE INÉS EN MI RECUERDO

Aunque oí hablar de ella desde niño, tal vez el primer recuerdo concreto que tengo de Inés Arredondo, anterior incluso a la lectura de sus libros, es su sonrisa mientras subía la escalera de una librería llamada *El ático*, casi en la esquina de Londres e Insurgentes, acompañada por Carlos Ruiz. Algunos jóvenes escritores, entre los que se contaba su hijo Francisco Segovia, leíamos por vez primera en público. La lectura en efecto era en el ático y allá arriba se encontró con mi padre, amigo de juventud, a quien hacía tal vez veinte años que no veía. Inés tenía entonces la edad que Francisco y yo tenemos ahora, y ella me contaría muchas veces el efecto que le había hecho encontrarse con mi padre después de tanto tiempo. La sonrisa, pensé entonces, tiene que ver con el orgullo de madre de ver a uno de sus hijos seguir su vocación. Supongo que algo había de eso, pero también de que Inés, más allá de sus dolores físicos y sus conflictos espirituales, siempre sonreía, y sonrío siempre en mi recuerdo.

No podía saber entonces, joven aprendiz de escritor, el lugar que ocuparía no sólo en mi vocación sino en mi vida su presencia. Leer *La señal* fue una experiencia asombrosa: un libro tan doloroso me dejó en la boca una alegría que aún conservo y la convicción de que escribir así no era labor de seres de otro mundo, sino de personas de carne y hueso, mucha carne y mucho hueso, y no lo digo porque ella hubiera perdido la figura espigada que celebran sus compañeros de generación, sino porque la evidencia del cuerpo forma parte de su escritura, de su manera de estar en el mundo. Y está muy presente en sus cuentos, como un horizonte del pecado que establece la distancia entre las intenciones del espíritu y la realidad física.

Esa sonrisa no deja de ser paradójica, insisto, porque es una sonrisa que emerge del dolor, que lo hace distinto, no tanto que lo deje atrás sino que lo lleva consigo a otro nivel. Nunca, y la palabra es fuerte pero precisa: nunca, renunciaría a ese dolor en nombre de una alegría falsa, y cuya falsedad vendría de lo trivial. En ella me impresionaba su convicción de lo que debe ser un escritor y su capacidad para no desgastarse en bagatelas. Le daba a la escritura una seriedad que a veces podía parecerle al joven aprendiz un exceso y se transmutaba en solemnidad; sin embargo, es cierto que la exigencia que tenía de cara al texto es algo ejemplar, y ante el puro atisbo de ese reproche en su interlocutor, sonreía de una manera desarmante. Pues, y no deja de ser curioso, Inés tenía muy buen humor en los pocos, siempre demasiado pocos, momentos en que nos reuníamos a platicar.

Tengo muy presente, por ejemplo, la ilusión con que me dio “Opus 123”, relato que después formaría parte de *Río subterráneo*, y que había publicado en edición separada la colección de plaquetas de la editorial Oasis. En mi experiencia como editor y escritor, cuando el libro aparece publicado el escritor suele tener una reacción de decepción, como si al tener el volumen en las manos se dijera a sí mismo: y esto es todo. La reacción tiene que ver con una cierta fatiga ante lo escrito, una desposesión del texto; pero ante esa hermosa aunque modesta publicación, Inés mostraba una emoción como de niña que hace la primera comunión. Y que ella, autora de ese libro extraordinario que es *La señal*, reconocida por sus pares, parte de una generación también extraordinaria, se emocionara así, era conmovedor, y más todavía que me regalara el libro con la ilusión implícita de conocer mi opinión sobre el cuento.

Cuando apenas unos días después regrese con el ejemplar lleno de notas y subrayados a su departamento de Amatlán, nos enfrascamos en una discusión muy divertida. Yo le insistía, movido por un prejuicio que hoy ya no tengo, que el cuento era en realidad una novela flaca, magra, a la que ella no le había dado tiempo de engordar. Ella a su vez se burlaba del rigor científico y filológico de mis términos críticos: novela flaca, texto sin engordar, personajes enrollados, todos ellos términos, como sabemos, inventados por el rigor de Saussure,

Hemlesv o Jacobson. Y eso fue motivo para que me hablara mucho de las razones de una cuentista frente a las de un novelista y de lo difícil que le resultaba pensarse como narradora de largo aliento.

Otro tema de conversación frecuente era la *Revista Mexicana de Literatura*, y la manera en que esa revista funcionaba internamente, la tónica de las discusiones, los errores que se cometieron en nombre de un rigor que terminaba por revelarse inevitablemente subjetivo. Del cariño cimentado en la admiración, y viceversa, que tenía por Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, José de la Colina o Huberto Batis, con los que muy de vez en cuando hablaba por teléfono. Por aquella época, y creo que gracias en parte a ella, frecuenté mucho a Juan Vicente y así pude constatar las visiones distintas, pero complementarias, que tenían de los mismos hechos y cosas. De pronto algún tema la iluminaba y su entusiasmo la llevaba a un grado de inspiración que, por más que uno trate, no puede ser transmitido por escrito. No sé si es verdad o lo imagino que una conversación sobre López Velarde nos llevó a su ‘erótica ficha de dominó’ y de allí a planear un maratón de juego.

El día fijado su casa se llenó de amigos y jugadores, algunos –yo entre ellos– llegamos con pants y saco de dormir, pues se nos advirtió que la cosa iba para largo. Se armaron cuatro mesas y las rondas se sucedieron, los perdedores se movían de mesa, los ganadores permanecían. Y se llevaba un record de cada mesa y uno global. Cuando a alguno de los comensales lo vencía el sueño, había lugares de la casa con catres para reponerse. La jugada duró al menos 48 horas, entraron y salieron invitados y estuvo siempre presidida por la sonrisa de Inés. Años antes, todavía en su casa de Gabriel Mancera, había organizado otra jugada similar, esa vez de póker, pero no la recuerdo, sólo que perdí algo de dinero, pues no me gusta el juego y no sé jugarlo. El que mi recuerdo más nítido de Inés esté ligado al dominó a través de López Velarde no deja de ser una señal de buen tino crítico que tiene el azar.

Inés tiene en su narrativa mucho de la sensibilidad de López Velarde, sólo que está vista, como se diría en cine, en contratoma, desde los ojos de la prima Agueda o desde la amada muerta. La sensual necrofilia

JOSÉ MARÍA ESPINASA

de López Velarde tiene su correspondencia en “La sunamita”, de *La señal* o en “El dorado”, una mirada a la vez virginal y extremadamente corrompida por esa misma virginalidad, por esa pureza tan dispuesta a la perversidad sin dejar de ser pura. Sólo que, bajo los guantes de López Velarde, el amor se veló entero, mientras que en Inés, bajo la ropa, hay vida, vida tratando de salir a la superficie. Aunque en realidad ambas miradas tienen su origen en la misma contradicción, fruto del enfrentamiento entre unas reglas, más que escritas, inscritas en la sociedad de provincia, y la ruptura de esas mismas reglas desde su inscripción misma. Ni el bardo zacatecano ni la escritora culichi aceptan esa contradicción y, por lo tanto, la viven de otra manera.

No deja de ser curioso que de López Velarde y su *Sueño de los guantes negros* hasta “La sunamita”, pasando desde luego por *Pedro Páramo*, la literatura tenga algo de *Mansión para fantasmas*. La resucitada del lago camina por las llanuras habitadas por espíritus en Rulfo. En ese paisaje van una sonrisa y unos ojos pícaros —tal vez la palabra más exacta hubiera sido ‘pizpiretos’, pero a Inés no le gustaba—, cercanos a los de una Alicia del otro lado del espejo, transmutada en una Inés a la que recordamos con cariño.